

# Almarail



*Gracia*

Cerdan.50  
ZARAGOZA

Cesáreo las Heras Jiménez  
1883 - 1955

## Lugar Oculto



Rubio

Calatayud

Máximo las Heras Sanz  
1915 - 1986

JUNIO - 2013 -

# Almarail

Alejado había un lugar  
que con fuerza me llamaba.  
La fuerza de la raíz  
que generó mi existencia.  
"El pueblo" mi mundo oculto.

Amanecía. El sol, a duras penas, imponía su luz a la madrugada escarchada con polvo de estrellas, por las nieblas de Valladolid. En su estación, cada 24 de Diciembre, nos instalábamos en los ruidos asientos de madera de aquellos vagones corridos del tren correo con destino a Zaragoza, entre variopintos compañeros de viaje de los que recuerdo grupos de cazadores, con sus perros, en animada charla.

A las 8 en punto, el tren se dejaba oír e iniciaba la marcha con su traqueteo, pitidos, humo, carbonilla... Durante horas la ventanilla se convertía en un cuadro cambiante y fugaz de parajes invernales y de uniformes estaciones: Roa de Duero, Peñafiel, S. Esteban de Gormaz, Osma-La Rasa, Berlanga, Barca... Dadas las 3 alcanzábamos la estación de Almazán-Dehesa. "Una rubia"- vehículo de la época- nos recogía poniendo nuestros pies en la villa de Almazán.

Almazán era un alto en el camino. Dejábamos "los bultos" en la cochera del Gijo-Garijo- y nos disponíamos a zascandilear por sus, ya familiares, calles. Visitábamos a los primos (Goya y Eustaquio); íbamos al antiguo bar "Antonio" (la calle abajo- antes de llegar al puente-); al bar del Alejandro (hermano de Rosa, la ganadera); a los almacenes "Beltrán" para comprar algún licor y turrón de alpargata... hasta que nos llegaba la hora de la camioneta de Gómara que nos acercaría a nuestro destino.

La camioneta de Gómara... Aquellos autocares con baca y escalera trasera donde se situaban los equipajes, y si faltaban asientos, en ocasiones, también algún viajero. Iniciada la marcha, al contemplar, a su paso, los pueblos del recorrido, me empezaba a bullir "el gusanillo" de Almarail. Me preguntaba ¿qué fecha sería allí? ¿qué día de la semana y del mes correrían? en aquel lugar tan diferente y alejado. El pueblo, el mundo oculto de mi infancia.

El último tramo del viaje era el más emocionante. la camioneta nos dejaba

en Borjabad, a la vera de un corral que aún mantiene en pie una de sus tapias sin barda. Desde allí, el camino nos esperaba. Paso a paso, al atardecer, conseguíamos vislumbrar la silueta del pueblo por su cara sur; cruzábamos el arroyo y dejando atrás la fuente y la senda del molino arribábamos al castillazo como atalaya coronada por la iglesia, majestuosa, dominando cualquier vista: "la turujalba" (Torrejalba); los campos, en barbecho o sementera; el arroyo con los huertos y los álamos frondosos; algún rebaño recogiendo en el corral...

Bajando la cuesta de la iglesia por su lado oeste, aparecía el esbelto palomar de adobes del tío Isaías rodeado de algunas casas, nutridas de hijos y habitadas por las familias de Florencio y Jacinta, Venancio y Victoria, Isaías y Francisca y mis abuelos Cesáreo y Estanislada. ¡Habíamos llegado al pueblo!

Era Nochebuena y hacía mucho frío. Olía a fuego en el hogar, a leña y paja ardiendo lentamente, a pollo

guisado en puchero de barro y a peras cocidas en vino para la cena; y yo, estrenaba uno de mis años en Almarail.

Almarail en su entorno natural con el Duero de barrera y la barca como puente y los campos de labor en todo su alrededor. Sus casas daban cobijo a todo cuanto tenía valor: el hogar de la familia, las cuadras para las yuntas, el granero y el pajar... Alrededor, las leñeras, arreñales, muldres, gallineros, cochiqueras... y más lejos, los corrales donde habitaban ovejas. En el centro del lugar, el frontón, "el juego pelota" con pared sólo frontal y aquel suelo de tierra y sólo un pequeño cuadro de cemento para el saque de pelota. ¿Cómo podrían jugar? Era la pelota a mano. Pues lo hacían, y ¡muy bien!, aquellos mozos de entonces que, su mili era la puerta para conocer el mundo y volver con mente abierta.

Moradores del lugar. Los hombres, en general, nacidos en el pueblo, las mujeres,

casi siempre, de pueblos de alrededor venidas por matrimonio para construir su hogar. Vivían también personas llegadas a trabajar: sacerdotes y maestros; ganaderos y pastores como Eustasio y Consuelo, nuestros vecinos cercanos, y criados para el campo contratados por S. Pedro en la villa de Almazán.

Sus vidas, muy trabajadas, luchadoras sin cesar. Formaban comunidad, pues cada uno de ellos les brindaba a los demás su saber y habilidad, como Victoria (la partera), quien atendía la vida al comienzo y al final. Donde todos en "la zofra" hacían obras comunes y campanas de llamada podían hacer sonar en situaciones críticas, si el auxilio era vital.

En este entorno y lugar, también llegaba la Navidad. Tiempo de muy crudo invierno con estalactitas de cristal pendiendo de las canales. Cuanto más frío, mejor. Tiempo de matar el cerdo para reponer despensas con un chorizo ¡especial! Tiempo de fiestas y chanzas,

villancicos, aguinaldos. La Iglesia, lugar central. Tiempo de juegos de cartas: brisca, subastado, quíñote y muchos más. Formando grupo, muy juntos, alrededor del brasero o en algún otro lugar (la casa del tío Raimundo) donde daba "gloria" estar, pero él, cerca de la media noche y sin miedo a tiritar, daba una vuelta al corral y comprobar si alguna oveja había parido ya. Aquellas noches tan frías, en esa casa había mucho "calor familiar" y escuchábamos la radio ¿Se podía pedir más?. Tiempo en el que algún que otro día embozados de verdad de los pies a la cabeza, se recorrían los campos y mi padre iba a cazar.

Era una vida distinta y era otra Navidad.

Amanecía. El sol inundaba el pueblo con su brillante resplandor, mientras un sonido madrugador y especial se hacía oír. Sonaba el cuerno del ganadero (Luis). En la calle confluían animales y sus amos estrenando un nuevo día. Era un momento especial. Retornábamos del viaje: Borjabad, Almazán... El pueblo viajará en nuestro recuerdo,